

DISCURSO DE CONTESTACION AL DE INGRESO EN LA  
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS  
DE D. ENRIQUE DE LA VEGA VIGUERA

Por JOAQUÍN CARLOS LÓPEZ LOZANO

UN «ARTILLER» Y SEVILLA

Así llamaba Nebrija al Maestro de artillería: el miembro de Número que se inscribe hoy en nuestra Academia nos llega artillado con su buena prosa histórica, demostrando que el escritor es el olmo que sí da peras. Sus palabras constituyen la ilustración de la Artillería, es decir un discurso edificante que refleja el espíritu de esa época que comienza en la guerra de Alemania, cuando estalla la Reforma religiosa con Martín Lutero, cuyo centenario se está celebrando, y cuando la elección como Emperador de Carlos I convierte el luteranismo «en cosa de Príncipes».

Asesta toda su artillería nuestro académico en bosquejar los ecos que la técnica cañonista trae a Sevilla hasta convertirla en centro crucial fabril con la guerra de Portugal, conflicto que si al principio con Felipe II contribuyó a un cambio en la sociedad hispalense, en su epílogo la dejó exangüe.

«Una sociedad se define no sólo por su actitud ante el futuro, sino enfrente del pasado: sus recuerdos no son menos reveladores que sus proyectos».

Esos tiempos sevillanos traen consigo algunos períodos borronados y hasta alguna coloración mítica. Es un proceso

lineal continuamente roto ante esa cofradía anónima de los lectores vulgares. Porque en toda sociedad funciona siempre un sistema de prohibiciones y autorizaciones, y ya se esperaba una fusión de lo castrense, lo religioso y lo político con el arte de fundir cañones. Espíritu, religión y armamento se reformaban.

Es curioso que Carlos V encontrara el amor en Sevilla contrayendo nupcias con una bella princesa portuguesa, y que reinando Felipe, su hijo, le tocara al Reino de Sevilla perder la guerra contra Portugal con todo su bagaje de saudades.

Ya ven que nos referimos a una época en la que inicialmente surgía la conjuración de Martín Cortés (1566) cuando el centralismo progresaba contra los intentos embrionarios de la casta feudal.

La Sevilla artesanal iba a sufrir una conmoción en sus extramuros con las nuevas instalaciones artilleras. Sucesivas donaciones de terrenos propios del Regimiento de Sevilla fueron haciéndolas posibles, teniendo como centro cordial la collación de San Bernardo, que, a la postre, sería la de los artilleros y los toreros. San Bernardo, antaño estaba especializado en la fundición de campanas y espadañas que después voltearon en los innúmeros templos hispalenses, a gloria o a rebato, pregonando la paz o la guerra, como aquella de Portugal que dejó a Sevilla maltrecha y a sus polemarcas, abatidos. Eran tiempos de secesionismo en Portugal y en Cataluña, guerras fratricidas hispanas. Siempre lo mismo desde que Don Rodrigo perdió su corona aquí en Andalucía, porque lo mejor de sus mesnadas andaba por el norte guerreando contra los vascos: no hay nada nuevo bajo el sol hispánico.

A lo largo de la historia Sevilla ha tenido que hacer cesiones continuas de terrenos sacrificando su patrimonio. La fórmula no ha variado desde solares para instalaciones militares artilleras hasta la donación del último florón de sus bienes propios: Tablada, que pasó de dehesa de ganado bravo a aeródromo para la naciente Aviación, antaño principal base logística cristiana con Fernando regis.

Placer causa a un sevillano contemplar aún viejas piezas con remoquetes fabulosos en tierras canarias o en predios

novohispanos ultramarinos, donde se refunde la que llamó Vasconcelos «raza cósmica con dejo andaluz»; que ya proclamó Juan Ramón que el habla andaluz era el idioma imperial de España.

«Merecía esta serrana,  
que la fundieran de nuevo  
como funden las campanas».

Es la «Malvaloca» quinteriana: siempre la fe popular con una campana al fondo. Campanas que llevan nombres de mujeres santas en la Giralda inmaculada y repulida ahora. Campanas en la América hispana donde se hizo famosa la frase «obedézcase pero no se cumpla», a la que siguió el silencio administrativo y burocrático en la España peninsular.

Enrique de la Vega nació en Málaga, por casualidad, el 28 de junio de 1918. Fue a hacerlo en esa bella ciudad andaluza, ya que estando su padre destinado en la Jefatura de Obras Públicas de Sevilla, lo normal hubiera sido nacer aquí, pero obligaciones del servicio hicieron que tuviera que trasladarse allí para colaborar en la presa del Chorro.

Fue el mayor de los tres hermanos varones. Uno caído en nuestra guerra y el otro sacerdote de la Compañía de Jesús.

Realizó los estudios de Primera Enseñanza en el Colegio sevillano de las Hermanas Carmelitas del Colegio de Bustos Tavera, teniendo como maestra a una encantadora monjita con gran amor a los niños: la inolvidable hermana Corazón, que le inculcó la devoción a la Virgen que hoy conserva.

La segunda enseñanza la realizó en los Escolapios. Su incorporación a la Universidad fue en el año 1934, para realizar el primer curso de Ciencias Exactas, que entonces se exigía como preparatorio para ingresar en la Academia Militar, a donde le llevaba su vocación. Al no tener la edad exigida para el ingreso en la Academia, continuó estudiando el segundo curso de dicha licenciatura, dadas sus aficiones a las matemáticas. En junio de 1936, tras tener aprobados los dos cursos de Ciencias Exactas, siguió preparándose para militar en la Academia Politécnica de la calle Cervantes, dirigida por los excelentes profesores Gómez Cobián.

Llegado el 18 de julio, se incorporó como voluntario a las Milicias Nacionales, actuando en diferentes acciones y llegando, con el batallón de Voluntarios Sevillanos, hasta las inmediaciones de Madrid, en el sector de Villaverde Bajo, donde obtuvo por méritos de guerra los galones de cabo.

En octubre de 1937 fue promovido al empleo de Alférez Provisional de Artillería. Hizo toda la campaña, en los frentes de Teruel y el Ebro, hasta la liberación de Barcelona, y más tarde en la toma de la capital de España.

En julio de 1941 terminó los estudios en la Academia de Artillería de Segovia, siendo nombrado teniente y destinado al Regimiento de Artillería número 12 en Mérida (Badajoz). Poco después marchó a la «División Azul», permaneciendo en los frentes de guerra de Rusia durante dieciséis meses, e interviniendo en la batalla de Krassnij-Boor (Bosque Rojo), donde fue distinguido con la Cruz de Hierro alemana. Tras su ascenso a capitán regresó a España, incorporándose a su nuevo destino en la Fábrica de Pólvoras de Murcia. En la Universidad de dicha capital aprobó dos cursos de la licenciatura de Ciencias Químicas.

Tras los correspondientes ascensos y cambios de destino, entre ellos el de capitán ayudante y profesor de la I.P.S., en cuyo período se creó la revista «Campamento», dirigida a los estudiantes que hacían el servicio militar en Montejaque (Ronda), alcanzó el empleo de coronel en junio de 1974. Fue destinado al mando del Regimiento Mixto de Artillería número 1 en Bilbao; posteriormente al C.I.R. número 16 de Camposoto (Cádiz), y a la Maestranza y Parque de Artillería de Sevilla. A su pase a la situación B se le encomendó dirigir la Sección de Reclutamiento y Movilización de la 2.<sup>a</sup> Región, en esta Capitanía General.

Se encuentra en posesión de numerosas condecoraciones militares de guerra y paz, tanto españolas como extranjeras: entre ellas, cabe señalar como distinción poco divulgada la Cruz de la Orden Militar Europea de Excombatientes.

En el aspecto literario ha colaborado en diversas publicaciones y periódicos de ámbito local y nacional. Durante dieci-

séis años fue director de la revista «Diana», del Recreo Educativo del Soldado de esta Segunda Región Militar.

Tiene publicados algunos libros, destacando entre ellos: «Sevilla y la Artillería», premiado por el Excmo. Ayuntamiento de esta capital en 1974; «La Pirotecnia Militar de Sevilla»; «Sucedió en los años setenta (Siglo XIX)», y «De Prim a Carrero Blanco», escrito en colaboración con Francisco Narbona, que, editado por «Planeta», quedó finalista del Premio Espejo de España del pasado año.

Nosotros acogemos a Enrique de la Vega con los brazos abiertos; aquí somos y aquí estamos manteniendo «un lenguaje llano, regido por la dicrección», como precisaba Valdés. «Ducendo discimus», enseñando aprendemos, que cuando persiste la sequía hay que soñar con agua, lluvia o aguarrón, como se decía en el campo antaño.

Lo más difícil es ir derechamente a las cosas, porque como sentencia Bejarano, «las cosas deben colocarse según el orden en que se piensan y darles la debida extensión; mas la dificultad está en pensar bien». Y el orden no reluce precisamente en nuestros tiempos.

La querencia entre Sevilla y la Artillería no es propicia a la incivildad ni mucho menos. El campaneó en San Bernardo fue toque de cornetas a cargo del impar Rafael, que por la Artillería competía con el rival de los Lanceros de Sagunto, Antonio, llegada la Semana, por la recuesta del puente.

Los tiempos de Carlos V en Sevilla trajeron de todo cuando estalló una nueva sociedad extranjerizante y mercantilista y el Consejo de Indias hubo de parir virreyes que remataran sus días cuando se abría su Pliego de Mortaja designando al sucesor. Entonces su período de mandato «era por el tiempo que fuera voluntad del Rey», regla que se iría al garete —como tantas otras cosas— con la privanza del muy discutido Conde Duque de Olivares, título también sevillano por cierto.

Con la elección de César fue casi paralela la vida del herejarca Martín Lutero, agustino excomulgado, que al preguntarse cómo encontrar un Dios misericordioso desató las guerras religiosas que dieron al traste con el Sacro Imperio, con la paz y con la unidad de la Iglesia.

Fueron tiempos en que Sevilla comenzó a especializarse en construir, conservar, usar todas las armas, máquinas y municiones de guerra, presidida como síntesis y símbolo, por esa torre, que, vista desde el patio de Banderas —ha escrito estos días ese sevillano de devoción que es Fernando Chueca— «se convierte en la bandera de España». El apasionado Chueca sostiene que nos hallamos ante «una Sevilla deteriorada, pero con la estructura fundamental intacta», calificándola hoy de «reserva espiritual de historia profunda». Dios le oiga para holganza nuestra.

Evoca así cuando Sevilla fue Corte que regía el amor y el comer, velaba a los muertos y cortejaba a los vivos, celebraba los natalicios y lloraba las ausencias. Lo fraguaba todo en una misión de sociabilidad. Y se extiende en el tránsito de la sociedad tradicional a otra más absolutista. En suma, eso que Max Weber llama régimen patrimonial cuando el burgués economiza porque quiere ser caballero.

La era moderna se inicia con el triunfo del protestantismo y la Reforma, surgiendo una disonancia tajante entre democracia sajona y latina, diferencia de origen religioso. Con Lutero la elevación popular no sólo es legítima la autoridad, sino que la consagra: ya la idea de elevación del prójimo entra en la ética calvinista fundada en la predestinación. Al suprimirse los intermediarios entre el hombre y Dios se suprime la misión salvadora del cristianismo.

Son fechas históricas en las que cada modelo de sociedad al definirse a sí misma, define a las otras para embocar en el siglo XVIII con la dicotomía medieval entre civilización y barbarie. El término civilización lo definía por vez primera Erasmo de Rotterdam en un pequeño trabajo titulado «De civilitate moram puerilium». Y es curioso que pronto hubiera, para Nibert Elías, una «civilité» francesa, una «civilitá», italiana y una «civility» inglesa, no mencionando en cambio un vocablo que aparecía antes con nuestro Nebrija. La leyenda negra iba a sufrirla y a España y su centro cordial: Sevilla.

La palabra, según el Diccionario de Autoridades, señala que el vocablo tenía dos sentidos: sociabilidad, urbanidad, po-

licía y también miseria, mezquindad, ruindad de cara a lo populachero.

Aparecía el término «militari» adosado al de caballero frente a «civil» señalando a lo villanesco. España y Sevilla en las épocas mencionadas por Enrique de la Vega singularizaron un Estado-Nación distinto a los demás. España era universalista, religiosa con una ortodoxia alimentada por el neoescolasticismo de Suárez y sus discípulos.

En la época de Carlos V el César rehabilitó el español como lengua también universal y por su voluntad pasó a sustituir al latín en las cancillerías; fue entonces el castellano la lengua oficial imperante.

Pero seamos prudentes y no comparemos drásticamente épocas distintas recordando las palabras de Fray Luis de Granada: «Regla es también de prudencia no mirar a la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas y otras muy nuevas y muy buenas; y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno... Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino ser más incurable y la virtud ninguna cosa pierde por ser nueva, sino por ser menos conocida...»

El siglo XVIII fue más reflexivo que creador, entrando ya los afrancesados como caballos sicilianos en la historia, siendo a la vez más académico. Feijoo decía: «Confieso que no puedo tolerar que a expensas de la piedad se haga capa del embuste». Para que después Unamuno exclame: «¡Oh pobreza, pobreza! Se ha hecho el hediendo orgullo de nuestra España». A lo que muy después Azorín añadiría aquello de «si un español del siglo XV resucitara, no comprendería al pronto nuestro concepto de Patria».

Son entrechocos de las centurias que nuestro colega columbra a través de su análisis artillero y sevillano. Y conste que Enrique de la Vega, usando su capa —como el Comendador de Ocaña— no cae en el casticismo que, como ya advertía Ortega, el casticista es el enemigo del casticismo. Ha salido a campaña académica caballero de espada ciñente guardando

empero las leyes de caballería y en su sevillanía volicional parece repartir aquella rima sonora de Bécquer:

«Yo soy el invisible  
anillo que sujeta  
el mundo de las formas  
al mundo de las ideas».

Campaneaba la prosa que hemos escuchado con deleite sobre San Bernardo, barrio de fundidores y artesanos, barrio regatón de la carne, ceñidero de murallas, aguanoso en el túnel bajo el ferrocarril, recostado en el puente. De allí surgieron cañones, leones de bronce que todavía vigilan el Congreso de los Diputados; de allí salieron artilleros que dieron gloria a las Españas y a Sevilla, y que dirigieron y alzaron obras civiles extraordinarias; barrio que cerraba y cierra el paso al Prado de San Sebastián, caravanero de circos y enjambre de volatineros con sus estaciones férreas, antañón cauce del Tagarete, barrio, en fin, sumido en la pobreza y en la ruina de nuestros tiempos.

Ese Prado de San Sebastián camino del cortijo de Su Emi-nencia y esas otras haciendas que recuerdan nombres romanos como «Cuarto», «Quinto» y «Quintillo». Bajo lo que fue real de la Feria, hasta cementerio hubo. Prado achicado por la Exposición Iberoamericana y la Plaza de España. Trocha y descansadero de ganado en otro tiempo, vio cómo en él nacía la Avenida Borbolla con terrenos a ocho pesetas metro cuadrado. Cómo vio al conde de Halcón firmar el acuerdo para lograr el abastecimiento de agua filtrada, en una tienda de campaña. Tras el Conde aparecía otro edil bajito también, y con su chalina decimonónica: era socialista y se apellidaba Carretero. En el Prado se ha escrito mucha historia hispalense.

Registró el Prado la novedad de que se instalara allí la primera central de la Cía. Sevillana de Electricidad con un capital de doce millones de pesetas y más adentro, en la Huerta de la Salud, las factorías de los Luca de Tena primero y las instalaciones provisionales de «ABC» después. Ahí se produjo el chocolate, el aceite, el agua de azahar y la noticia.



Estamos tratando de esbozar un paisaje de fondo a las descripciones históricas de las instalaciones artilleras de Sevilla tan amada por Enrique de la Vega, ese paisaje maduro tan bien captado por Fernando Chueca. Nos repiquetean las palabras de Bécquer:

«De la luz que entra al alma por los ojos  
los párpados velaban el reflejo,  
más otra luz el mundo de visiones  
alumbraba por dentro».

Y es que la historia es un panorama razonado de almas, voces, hechos y episodios. Nosotros queremos sólo subrayar cuanto ha escrito Enrique de la Vega que ya aconsejaba Palacio Valdés: «Si tenemos la voz aguda no queramos ser bajos, y si grave, no aspiremos a ser triples».

Pero volvamos al asunto «ad rem» y de todo corazón. Nuestro artillero hombre de letras, es un malagueño que se prendó de la Giralda. ¿Salen de ahí las flores que no se atrevía a pintar? Las esboza teniendo como fondo a la Giralda por la que merodea devotamente. Porque las flores no pertenecen a nadie como canta por estos días Michel Drucker en París, Enrique de la Vega pinta hoy leones, cuando León anda a la greña con Castilla en la autonomía naciente y cuando la historia nos dice cuán honda fue la huella que los leoneses dejaron en la reconquista de Sevilla por el Rey San Fernando.

Se separa un poco del insigne Antonio Domínguez Ortiz y su «Orto y ocaso de Sevilla» para mantenerse Enrique de la Vega fiel a su Artillería, que tampoco fue Sevilla «Atenas del Sur» como escribió apasionadamente José María Izquierdo, preludeo apasionante del apasionado sevillano que fue Joaquín Romero Murube, aquel que se nos fue hacia los cielos que perdimos.

Sevilla algo fraguó de la nao capitana con la que venció don Juan de Austria al turco, y lo hizo en sus Atarazanas donde todavía moran los artilleros. Después nos llegó la derrota de la Invencible, a la que Sevilla aportó tantos caudales para acabar con la aventura gaditana de Trafalgar, al tiempo que,

como recuerdo de la guerra perdida por los Tercios sevillanos ante Portugal, nos restaba apenas el lienzo de las Meninas lleno de saudade.

Hemos escuchado una verdadera lección histórica de los artilleros en Sevilla, la tierra que vio nacer a Daoiz y que mantuvo ese Parque ahora derribado en el paseo de Colón, de vital interés contemporáneo histórico.

Enrique de la Vega Viguera lo que nos narra son los hitos y las efemérides históricas de una Sevilla que fue gran centro fabril castrense y que pudo haber otro establecimiento en Los Remedios: no fue a alzarse en aquellos predios a orillas del río —donde hoy está la Fábrica de Tabacos— porque sus propietarios se negaron a venderlos al Ayuntamiento.

A mí me ha correspondido sencillamente esbozar el fondo mundial de los acontecimientos y las efemérides que campean entre los castillos y leones dibujados por Enrique de la Vega, cuya lectura he simultaneado con la obra del ilustre teniente general Fernando de Querol titulada «Más historia de Tablada», que comienza describiéndola como la principal base logística cristiana en tiempos de la Reconquista, libro que complementa el precedente de Serrano de Pablo.

Abocetado, torpemente ese telón de fondo, hemos de conformarnos porque los españoles lo que perdimos en esos campos de batalla lo ganamos en las artes y las letras.

Inglaterra, vencedora ante la «Invencible» con su «To be or no to be» shakesperianos, encabezó el materialismo de la Reforma religiosa, los españoles permanecemos universalistas, románticos con el «toda la vida es sueño y los sueños, sueños son», firmes contra la «predestinación» calvinista y a caballo de aquello de que «el honor es patrimonio del alma y el alma sólo es de Dios».

Enrique de la Vega no sé si recuerda el dicho de Ganivet: «La lengua francesa es como un gabán y la española como una capa», y por eso se emboza cada invierno en su pañosa para embocar la ventosa esquina de matacanónigos, y llegar hasta nosotros después de orar ante la Virgen de los Reyes, Madre y Señora Nuestra.

Sinceramente, yo no confío que estas palabras con que

---

termino, sean dignas de tan culto auditorio, pero sí espero que vuestra bondad me ampare, repitiendo con el clásico:

«Entre los libros me amaneca el día  
hasta la hora que del alto cielo  
Dios mismo baja a la bajeza mía...»

Al Artiller historiador que nos llega, mis parabienes y nuestra más cordial bienvenida.

«Estoy sinceramente persuadido a que el ilustre cuerpo que hoy me agrega a su lista ha querido dar con este honor un nuevo estímulo a mi natural afición al estudio de nuestra lengua; estudio que, como vucelencia sabe, es el que me puede proporcionar mayores progresos, no sólo en la literatura, sino también en la ciencia de las leyes, que forma el principal objeto de mi profesión».

*(Gaspar Melchor de Jovellanos, «Discurso leído en su entrada a la Real Academia Española, sobre la necesidad del estudio de la lengua para comprender el espíritu de la legislación». Madrid, 25 de septiembre de 1781).*